

Carlos René Correa

## Figuras de la moderna poesía chilena

(Continuación)

LUIS FELIPE CONTARDO

(1880-1921)

Dijo Gabriela Mistral que su poesía era un puente entre la escuela romántica y modernista; la poetisa tenía razón al formular esta afirmación, porque el Pbro. Luis Felipe Contardo, sin dejar de observar con elegancia los preceptos clásicos de verso, dió libre curso a su novísima factura. Fué un ecléctico que supo encontrar lo mejor siempre, y guardar el equilibrio de la forma y del fondo.

A pesar de que desde su muerte se han sucedido numerosas escuelas literarias y se han renovado totalmente los signos de la poesía, el verso de Contardo no pierde su belleza y sus características que lo hacen inconfundible.

Su poesía está orientada por caminos de misticismo y por el anhelo de cantar el paisaje, trazar pinceladas llenas de colorido, las cuales dan consistencia al conjunto del poema. Luis Felipe Contardo fué uno de esos poetas que cantaron sinceramente, porque tenían necesidad de expresar el sortilegio emocional, la fiesta interior que se hacía cada vez más intensa.

Apacible y místico, recogido y dispuesto al canto, no para obtener aplausos de la crítica, sino que para sembrar la semilla de la buena poesía, en último término, alabanza de las obras de Dios. La armonía de su poesía refleja la serenidad de su espíritu, a veces también turbada por la desolación interior.

Dejó un solo libro fundamental: «Cantos del Camino», con ilustraciones de Pedro Subercaseaux. Si examinamos la obra nos encontraremos con la unidad que da el estilo y la fuerza espiritual que sólo proporciona un temperamento de verdadero poeta. Contardo penetró en el sagrado recinto de la poesía, con cierta religiosa emoción, muy a tono con su investidura sacerdotal.

Confesión de su espíritu de poeta es el soneto que titula «Por los Caminos...» que dice:

«Con la planta segura sobre el suelo,  
cruzando voy del mundo los caminos,  
si bien entre otros peregrinos,  
mas, vuelta siempre la mirada al cielo.

En la dura jornada, cuando anhelo  
saciar la eterna sed, hallo mezquinos  
los manantiales todos... y hay divinos  
impulsos que a mi espíritu dan vuelo.

Y así, tras una estrella: la Esperanza,  
mi existencia por claras o sombrías  
sendas de ensueños o realidad, avanza:

Y aunque el vivir me dió sus desencantos,  
aun vibra el alma llena de armonías  
y tengo el corazón lleno de cantos!...».

El poeta se sabía peregrino, pero tenía para su cansancio el dulce consuelo de la mirada que va más allá de las cosas materiales, que sabe descubrir la estrella. Fué viajero en tierras lejanas y recordó el hogar y evocó la amistad de almas buenas con no disimulada ternura varonil.

Sus sonetos de Palestina han sido recogidos por las antologías; ha habido razón para ello, ya que tanto la forma como la renovada expresión, son testimonios de su calidad de poeta; sin temores Luis Felipe Contardo expresa en un nuevo simbolismo su visión objetiva, al mismo tiempo que comunica al lector la emoción de su evangélico peregrinar. El soneto «En el lago Genezareth» nos confirma el espíritu ecléctico de Contardo que con palabra serena nos cuenta:

«Mientras la tarde baña de dulzura infinita  
las aguas, las riberas y los montes, que son  
los mismos que sintieron su mirada bendita,  
los mismos que escucharon el Divino Sermón;

En una barca ruda, que a recordar invita—  
y teniendo en los labios un temblor de oración—,  
voy surcando en silencio el Lago, que palpita,  
misterioso y callado, como un gran corazón...

El horizonte cruza lentamente una vela;  
con las alas inmóviles, un ave blanca vuela;  
se desvanece arriba el postrer arrebol!...

Y en la quietud solemne, entre la luz escasa;  
parece que el Maestro sobre las ondas pasa,  
y su manto es el último relámpago del sol...

Tuvo Luis Felipe Contardo un acento franciscano para escribir su poesía; las huellas del Pobrecito de Asís, enamorado

de las creaturas de su Señor, fueron también las suyas. San Francisco, con su rostro casi celeste por su humilde santidad, le atrajo siempre e imprimió un sello característico en toda su labor de poeta. Como el santo de Umbría, también Contardo fué cantando por los caminos.

Guarda su libro un paréntesis de franciscanismo y en él se destaca un «Fresco primitivo» que es admirable por su sencillez, elegancia y perfección. Dice:

«Domina el muro arcaico, de perfecta blancura,  
de Francisco, del de Asís, la apacible figura:  
la capucha caída sobre la frente pura;  
las manos y el semblante de ascética dulzura.

Alrededor del hermano de las aves, su vuelo  
agitan los alegres pajarillos del cielo:  
una tórtola ingenua se posa sin recelo  
en su hombro, cual si fuera Francisco un pequeñuelo.

Y hay en torno un ambiente de dulce poesía,  
de humildad y de gracia; y hasta la luz del día  
tiene suaves reflejos de nimbo; se diría  
que hay en el aire vagos aromas de la Umbría...

¡Estás bien, Pobrecillo de Asís, en ese muro!  
Tras sus líneas arcaicas hay un hogar: obscuro  
misterio para el mundo: en asilo seguro,  
dos corazones forman un corazón muy puro...».

El misticismo de Contardo es simple y angélico, es misticismo de agua y luz; rara vez conoce la amargura y si en toda su poesía asoma la tristeza, ésta no origina amargura por las cosas materiales. El poeta sufre sólo la falta de caminos todavía más directos para alcanzar la posesión de su aspiración celeste que como flecha arranca de la tierra.

Otro poeta-sacerdote, Francisco Donoso, que le ha dedicado ponderadas páginas de análisis escribe: «Ciertamente que, por su obra evolutiva e innovadora, era Contardo un modernista en su época, hoy ya puede estimarse clásico, frente a tanto esoterismo y anarquía de métrica y de sintaxis—; pero fué un modernista mesurado, no revolucionario, rebelde e iconoclasta, como se entendía entonces, y ha vuelto a entenderse ahora el modernismo literario. El modernismo de Contardo era constructivo y no demoledor; quería dejar algo positivo en su obra y no la pobre vacuidad de lo puramente negativo y confuso de oroperías fugacés».

El poeta Contardo permaneció, pues, en el marco de una escuela modernista sin sobresaltos ni extravagancias; su poesía, su temperamento fino, no necesitó de malsanos malabarismos para llamar la atención y disimular una falsa posición en el campo literario. Si experimenta dolor, profundo drama que lo sacudía, podía escribir en su soneto «Desolación»:

«Sobre el mar, en la noche, la oscuridad profunda  
me envuelve en su callado y misterioso horror.  
No hay una sola estrella que su fulgor difunda  
desde arriba, En el aire, no hay un solo rumor.

Para llorar, buscando la soledad, fecunda  
en ásperos consuelos, me he aislado en mi dolor,  
De silencio y de sombra mi espíritu se inunda,  
mientras en paz descansa a mi alrededor.

Y hundido en las tinieblas, sobre el barco dormido,  
soy en el universo un átomo perdido  
que cruza, tembloroso, la inmensidad; y son  
mis sollozos el grito de toda humana angustia:  
todo el mal de la vida pesa en mi frente mustia:  
todo el dolor del mundo está en mi corazón! . . . ».

La vida y la obra de Luis Felipe Contardo fué la de un poeta sincero, sin vanas arrogancias. Robusteció su verso y desentrañó la belleza con una dedicación verdaderamente fraternal. Tituló su libro «Cantos del Camino», porque siempre tuvo presente en su vida la necesidad de hacer llegar a sus hermanos la hermosura de las cosas creadas por el Dios de sus altares. Cantó y oró; fué su vida como esas lámparas de aceite que ocultan su lucecilla, pero que están prontas a iluminar el camino de los viajeros, para que no se extravíen ni en la tierra ni en el océano. «Cantos del Camino» que hallan resonancia en las montañas!

CARLOS MONDACA

(1881-1928)

Carlos Mondaca es el poeta de la soledad. Vivió interiormente sus días de la tierra y del espíritu; sus manos defendieron una lámpara simbólica que le hablaba con su llama de Dios y de las angustias humanas. De la soledad transitó hacia lo religioso—siempre el alma que está rodeada de silencio descansa en la plegaria—y de lo religioso, vació sus ansias en un misticismo que purificó varonilmente. En suma, Mondaca es poeta de la soledad, de la oración y del misterio...

Como Gabriela Mistral, tiene raíz en las áridas tierras del norte; pero en esa misma aridez que le trae un acento de poeta contemplativo, halló una flor encendida en cielos de plácida serenidad; en su juventud vivió un tiempo en el claustro y vistió el hábito talar; conoció las campanas de Dios y después, como un río que busca nuevos cauces, se derramó por el mundo.

Su poesía, fiel reflejo de su vida, se concretó en dos libros: «Por los Caminos», aparecido en 1910, y «Recogimiento», en 1921. Después de su muerte, amigos fraternales reunieron toda su labor en un volumen de hermosa presentación, que se publicó en 1931, prologado por Max Jara.

El poeta de «Asonantes», amigo íntimo de Mondaca, dice: «Para templar la acritud casi trágica de sus impresiones de Santiago, Mondaca me hablaba de su tierra. Conservaba vívida la visión de la naturaleza del Norte, de su paisaje intenso y pobre a la vez, con sus cerros amarillentos y azulescos, la tierra negruzca que el hilo del río borda de verdes en el estrecho valle; la ciudad, rebaño de casas dormidas alrededor de las torres de los templos, bajo el sol reverberante. Y olvidando el deslumbramiento doloroso de la ciudad, se complacía en evocar la belleza suave y penetrante de las fiestas religiosas a las que era fiel asistente y cuya pompa y solemnidad despertaban en su ánimo los primeros deslumbramientos de la belleza».

En la primera etapa de su poesía el poeta nos habla de sus caminos con emoción y serenidad; hay un dejo de sinsabor en sus palabras, pero a la vez la fuerza del espíritu que es capaz de sobrellevar la desolación y la tristeza. El paisaje de su tierra natal—huraño y seco—ha influido en forma decisiva en su creación poética, a tal punto que Mondaca encontró la unidad de su estilo en esa forma dolorosa que lo condujo al misticismo.

El poeta va por los caminos «como un rey consagrado con corona de cardos»; todo lo mira y es su paso «Tardo, lento, indeciso, porque nadie lo espera; muerto para la inmensa voz de la primavera».

Mira la naturaleza, goza en la mancha de los álamos:

«Álamos que se yerguen en un éxtasis santo,  
donde las brisas quebran el cristal de su canto.  
Altos álamos, tensos como un brazo hacia el cielo,  
que orando por la tierra, le dan sombra y consuelo.  
Álamos, faros, cruces, amor del peregrino:  
oración de la tierra y gracia del camino».

Mondaca entrevió, adivinó y supo expresar la belleza de esos álamos que le señalaban celestes rutas, altos designios.

Decíamos que Carlos Mondaca es el poeta de la soledad; en su poema que le dedica, encontramos la bella expresión de su acento, la emotiva comunicación del mundo interior que florece silencioso; mundo de confianza, certera visión de las cosas imperceptibles:

«Yo no sé donde fué a morir mi acento:  
tembló un instante y se perdió en el viento...  
Y pasó por tu espíritu, lo mismo  
que una estrella sin luz por el abismo.

Yo no sé dónde fué a expirar tu acento:  
flotó como un perfume sobre el viento,  
llegó como una música a mi oído...  
¡Pero mi corazón siguió dormido!...»

Le habla a su amada: sus palabras caen como estrellas en el charco de la desolación; el destino es morir, entonces, «¡sigamos el camino!». El no sabrá nunca la causa de su pena; su mirada interior se estrellará contra la montaña de su silencio, de su soledad. ¡Estamos solos! grita el poeta a los vientos vagabundos.

El amor es para él una «semilla lejana»; el beso que se transforma en luz de dos seres: «Sol de primavera,—tu beso en mis ojos!— «Cuando tú me beses,—sentirá la roca—que nacen flores... Temblará la nada,—cuando en una llama tu boca y mi boca—se fundan, ¡Amada!».

El agua del crepúsculo ha penetrado en su estancia; apenas una estrella lejana ilumina el dolor de su corazón, caído sobre la tierra como una hoja abandonada del otoño...

Lo que en su primer libro fué canto exterior, pintura de los seres y de las cosas, confesión de su tristeza y de su amor, en «Recogimiento» se ha tornado canto elegíaco, plegaria y místico

abandono en las manos de Dios. Mondaca habla con nobleza de su predio, de su huerto que floreció y que ahora envejece despiadadamente. Tenemos en este libro su «Elegía a la muerte de su madre; «Las letanías de la Buena Muerte» y «Elegía Civil», cantos que bastan para consagrar a un poeta.

Si observamos el tono general de la poesía de Mondaca encontraremos que éste se mantiene con serenidad y angustia; lo persiguió la paradoja, si no que lo diga su actitud religiosa y sus dudas profundas. Es indiscutible que el pensamiento de la muerte lo estremeció con furia de vendaval. Él defendió la seguridad de su paso, no quizo caer en el camino como un derrotado y encontró en la poesía la mejor defensa en medio de una lucha cruel que se prolongó desde la juventud.

Habla a su madre muerta y le dice más allá de la nieve y de los cirios:

«Gracias, madre!  
Por todos los dones de tu corazón;  
por tu santa emoción;  
y por la exaltación  
y la pasión!

¡Gracias, madre!  
Por la intensidad del vivir;  
por la belleza de sufrir;  
por el encanto de escuchar,  
por el milagro de mirar  
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer  
y no alcanzar;  
y por la gloria de caer, y levantar:  
y de creer,  
y de esperar!».

El mundo espiritual de Carlos Mondaca se robusteció con la vida misma que le brindó caminos solitarios, yermos, secos, por la envidia de los hombres.

Padeció su angustia y lloró como un niño junto a la fuente de gracia en la cual estaba la oración y la luz. Bien nos hablan «Las Letanías de la Buena Muerte» de esta piadosa actitud del poeta que no había perdido ni la esperanza ni el amor:

«Cuando recuerde los amores  
que, apenas muerto, olvidarán;  
y quiera todos los dolores  
para poderlos amar más.

Y cuando, al fin, me lleves, Padre,  
y por tu santa intercesión,  
los santos brazos de mi Madre  
me reciban en tu mansión;

Acuérdate de sus virtudes,  
acuérdate que fuí su amor».

La emoción de Mondaca se robustece y purifica en «Elegía Civil». Con motivos de la primera revolución militar que sacudió al país, el poeta eleva su verso lleno de significación y de creadora esperanza; levantó su poesía como un muro contra los que el juzga «malos pastores».

«¡Lloremos, hijo mío, y no nos consolemos jamás!  
Toda la noche, toda el alba y el día  
se cubran de este velo de lágrimas.  
¡Se obscureció la vida!

Lloremos en silencio: que la madre no sepa . . .  
¡Como en su corazón se abrirán siete heridas,  
cuando mire los campos sedientos; el rebaño  
devorado de lobos; y el noble hogar en ruinas!

Hijo mío, cien años laboró surco a surco.  
Sangre del corazón fecundó la semilla.  
Viento de tempestad abatió en un momento  
la humildad del sembrado y el honor de la encina!».

Su poesía es como esa encina abatida por el vendaval; rodaron las hojas y el tronco en medio de la desolación; pero hubo luz en medio de la sombra, porque el poeta defendió hasta su muerte la milagrosa lámpara del canto.